

Desmitificado los mitos que el patriarcado me relató

Ludmila Azcue

lud.azcue@gmail.com

UNMdP

Resumen ampliado: Este trabajo pretende dar respuesta en un único texto a preguntas en torno a la violencia machista que me fueron formuladas como aseveraciones críticas por mi círculo social. Me ha tocado sortear embestidas vinculadas a la violencia machista en diferentes ámbitos, no sólo en una mesa familiar o en una cena con amigos/as sino incluso en las aulas de la Facultad de Derecho (UNMdP), las cuales, lejos de conmovir mis ideas, me empujaron a querer dar respuestas no meramente intuitivas sino avaladas por la academia.

En concreto, se busca desacreditar argumentalmente cada uno de los siguientes tres mitos presentes en el pensamiento patriarcal: 1) el hombre puede ser víctima de violencia machista, 2) el hombre pega a la mujer porque está enfermo, y 3) el feminismo cree en la superioridad de la mujer.

1) Primer mito: Entiendo que los hombres no pueden ser específicamente victimizados en razón de su pertenencia al género socialmente dominante, esto es, al masculino.

Sin perjuicio de que coloquialmente se empleen los términos “violencia de género” y “violencia contra las mujeres” como sinónimos, no son representativos de una idéntica problemática. El primero de los términos refiere a un colectivo victimizado por pertenecer a un género históricamente considerado inferior al masculino, pudiendo abarcar no sólo la problemática de las mujeres sino también la de colectivo de lesbianas, gays, travestis, transexuales e intersesuales. El segundo de los términos es el preferido desde los feminismos toda vez que permite poner de relieve que el colectivo específicamente vulnerado es el femenino.

Desde los feminismos se viene sosteniendo que el término violencia de género, en detrimento del término violencia contra las mujeres, provoca confusiones y no permite vislumbrar suficientemente que estamos hablando de violencia contra un género en particular. Se prefiere hablar de violencia hacia las mujeres, violencia sexista, violencia patriarcal o violencia machista, en tanto tales términos sí permitirían permitir visualizar con claridad que estamos hablando de las violencias producto de las relaciones desiguales de género entre mujeres y hombres (Bodelón, 2009: 223).

De hecho, esta preferencia feminista ha sido volcada en los textos legales en materia de protección de las mujeres. Así pues, surge de la Ley Nacional N° 26.485 de Protección Integral de las Mujeres que la violencia contra la mujer es toda conducta, acción u omisión, que tanto de manera directa como indirecta y tanto en el ámbito público como en el privado, que se base en una relación desigual de poder, afecte los siguientes derechos fundamentales de la mujer: vida, libertad, integridad (física, psicológica, económica o patrimonial) y seguridad personal (art. 4 de la citada ley).

De esta definición legal se extrae un elemento riquísimo para nuestro estudio: la violencia contra la mujer es producto de una relación desigual de poder entre hombres y mujeres. Es decir, la violencia machista no es producto de una diferenciación biológica sino consecuencia de que la sociedad patriarcal se ha encargado asignar al género femenino determinados roles a los que entendió como inferiores a aquellos que le había asignado al masculino (art. 4 del Decreto 1.011/210).

Más aún, se entiende que la violencia contra las mujeres no es sólo un reflejo de su desigual posición, expectativas y valores sino que, a su vez, coadyuva al mantenimiento de esta situación mediante el mecanismo del miedo y, en definitiva, es funcional al mantenimiento del status quo. Para ilustrar el temor femenino, basta reparar en que no todas las mujeres son violadas pero el miedo a ser violadas influye y condiciona la vida de todas las mujeres (Larrauri, 2007:41).

Se evidencia implausible el sostenimiento de que los hombres puedan ser víctimas de violencia machista en la medida que si la pertenencia al género masculino los sitúa en una posición de poder, socialmente dominante, deviene ilógico mantener que puedan ser víctimas de una violencia desplegada por la pertenencia al género que no detenta el poder, socialmente dominado. El género masculino no puede ser, al mismo tiempo, el dominante y el dominado. Así como una empresa multinacional no puede ser víctima del capitalismo, el hombre no puede ser víctima del patriarcado.

Lo expuesto no importa desconocer que el patriarcado imbricará también sobre la vida de los hombres puesto que si bien impacta sobre ellos exigiéndoles la sujeción a roles y estereotipos machistas, pero ello no importa entenderlos como víctimas del patriarcado.

Retomando el análisis del texto legal, se observa que la violencia contra las mujeres puede manifestarse de cinco formas: física, psicológica, sexual, económica o patrimonial y/o simbólicamente (art. 5 de la Ley N° 26.485). Asimismo, estas formas de violencia se pueden desplegar en cualquiera de los ámbitos en los cuales las mujeres desarrollen relaciones interpersonales, entre ellos: doméstico, institucional, laboral, obstétrico, mediático, reproductivo (art. 6 de la misma ley). Todos estos términos deben entrecruzarse dando lugar a incalculables supuestos: en el hogar la

mujer podrá ser víctima de violencia física pero también patrimonial, en el trabajo la mujer podrá ser víctima de violencia sexual pero también simbólica, etc.

Cierto es que un hombre puede ser golpeado por su pareja mujer. Ocurre que si bien moralmente la violencia desplegada por uno o por otro puede ser simétricamente reprochable, existen sustanciales diferencias entre ambas conductas (Larrauri, 2007:20). La primera de tales diferencias será que la violencia ejercida contra un hombre no será consecuencia de una desigualdad social. La segunda diferencia será que la extensión del daño causado por la mujer será sensiblemente menor a la que el hombre le puede causar a ésta, ello en función de las naturales diferencias en cuanto a dimensiones físicas. La última diferencia será que la violencia sufrida por el hombre en el ámbito doméstico seguramente no se vea acompañada de otras violencias en otros ámbitos sociales.

Compartiendo una experiencia personal como docente de la Facultad de Derecho (UNMdP), diré que en una clase en la que se trabajaba la problemática de género un alumno dijo: *“si mi novia me tira un cenicero por la cabeza, a mí no me protege ninguna ley”*. En un primer orden, vale aclarar que la Ley Provincial N° 12.569 de Protección contra la Violencia Familiar permite al novio pedir al juez de familia la protección cautelar frente a la agresión de su novia. En un segundo orden, insistir en que aún cuando el hombre pueda ser víctima de un episodio de violencia doméstica o de pareja, éste no se inscribe en un contexto de desigualdad genérica. La desigualdad social en función del género es padecido por las mujeres en los diferentes espacios en los cuales desarrollen sus relaciones interpersonales, es decir, no sólo en el marco de una relación de pareja. En un tercer orden, afirmar que un hombre puede ser víctima de violencia doméstica no puede impulsarnos a soslayar que las estadísticas son claras en punto a que las principales víctimas de la violencia en el hogar son los miembros más vulnerables de la relación familiar: niños/as, mujeres y adultos/as mayores.

Otro embate de una alumna en el marco de otra clase en la que se trabajaba la cuestión de género: *“pero si un hombre va a denunciar que su mujer le pega, en la comisaría se le mueren de la risa”*. Por eso arriba se explicó que el patriarcado también imbrica sobre las vidas de los hombres imponiéndoles características, valores y experiencias. La desigualdad social en función del género de pertenencia expone negativamente a aquellos hombres que se apartan del rol dominante que el patriarcado le asigna. Estas consideraciones no transforman a un hombre damnificado por un conflicto individual en una persona que padece una desigualdad social por pertenecer al género subordinado al dominante.

2) Segundo mito: Considero que el hombre no golpea a la mujer por estar enfermo sino porque su conducta se inscribe en un contexto de desigualdad social que

contempla al género femenino como inferior al masculino y, mediante el despliegue de violencia, se mantiene incólume la relación de dominación.

Tradicionalmente se intentó explicar el maltrato físico que el hombre ejercía sobre su pareja mujer diciendo que aquél padecía alguna adicción como el alcoholismo, o que se encontraba agotado de las presiones del mundo laboral, o simplemente que estaba “enfermo” como si la violencia doméstica encontrara su causa originaria en una suerte de patología individual y, en definitiva, pretendiendo justificar la conducta violenta.

Los feminismos vinieron a poner en crisis tales explicaciones -justificativas- por prescindir de ponderar la influencia del contexto en el cual la violencia doméstica contra la mujer era ejercida. Se observó en el patriarcado una estructura social que discrimina a la mujer y que forma las conductas machistas en el ámbito familiar a la par que las legitima y permite su perpetuidad. Los feminismos pretenden romper con la idea de que el hombre pega porque es enfermo a partir de develar en que la violencia desplegada por el hombre debe enmarcarse en el contexto de instituciones patriarcales que moldean mentalidades machistas, situando a las mujeres en el lugar de subordinadas, excluyéndolas de los lugares de poder y colocando en ellos a los hombres.

Ahora bien, la problemática no puede reducirse a afirmar que la mujer es víctima sólo por el hecho de ser mujer como si ningún otro factor que no fuera el genérico influyera en la vulnerabilidad de la mujer. La problemática no puede reducirse a decir que la mujer puede ser víctima sólo por ser mujer puesto que ello podría dar pie a soslayar otros factores que pueden severizar la vulnerabilidad femenina, entre los cuales pueden destacarse: pertenecer a una minoría étnica, ser extranjera, vivir en un espacio rural o zona marginal de la ciudad, edad, educación, sexualidad, antecedentes familiares violentos.

Así pues, si bien todas las mujeres podemos ser víctimas de violencia por pertenecer al género femenino, no todas tenemos las mismas probabilidades de convertirnos en víctimas -en particular, en el ámbito familiar- (Larrauri, 2007). La reducción de la problemática a una cuestión genérica importa soslayar otros factores de vulnerabilidad y, en consecuencia, dejar a la deriva a aquellas mujeres vulnerables no sólo por padecer la desigualdad genérica sino por padecer, a su vez, otro tipos de desigualdades aumentativas de los riesgos de ser victimizadas. Se requiere individualizar todos aquellos factores que hacen aún más vulnerables a las mujeres, visibilizando su situación y evitando que queden en los márgenes del sistema y sin la protección que merecen.

Llevando estas consideraciones a experiencias personales, recuerdo estar almorzando con mi mamá, escuchar en la televisión la presentación de una nueva

manifestación fatal de violencia machista (femicidio) y que mi mamá dijera que ese femicida estaba enfermo. En un primer lugar, había que aclarar que ese hombre no estaba enfermo, sino que su conducta era el producto de instituciones patriarcales que la habían formado. El patriarcado como estructura que moldea subjetividades y condiciona conductas. En un segundo lugar, la violencia fatal a la que la noticia hacía referencia no podía conducirnos a eludir la existencia de otras formas de violencia quizás menos visibles u ostensibles, tal es el caso de la violencia simbólica latente en que sea la mujer la principal encargada de los quehaceres domésticos.

También me interesa destacar aquí una experiencia como una alumna de la Facultad de Derecho (UNMdP) que, al defender oralmente su trabajo, opinó que el hombre que agrede física y/o sexualmente a la mujer está enfermo. Ya específicamente de caras a la aplicación del Derecho Penal en los casos de violencia machista, aseverar que el hombre agrede porque está enfermo puede traer severas complicaciones si lo que se pretende, precisamente, es la aplicación de una pena. Si el agresor padeciera una enfermedad que no le permitiese comprender la criminalidad de su acto, no podría franquearse el valladar de la culpabilidad, su conducta no sería delictiva y, por consiguiente, no sería pasible de sanción punitiva.

3) Tercer mito: El feminismo no sostiene que las mujeres sean superiores a los hombres sino que pretenden la igualdad de los géneros a partir de la eliminación de las violencias hacia las mujeres.

Expone **Carmen Castells** (1996:10) que feministas son *"...todas aquellas personas y grupos, reflexiones y actuaciones orientadas a acabar con la subordinación, desigualdad, y opresión de las mujeres y lograr, por tanto, su emancipación y la construcción de una sociedad en la que ya no tengan cabida las discriminaciones por razón de sexo y género"*. Es decir, una persona feminista pretende deconstruir las relaciones de dominación y subordinación en función del género para construir una sociedad verdaderamente igualitaria.

Si bien cierto es que existe una corriente que postula la superioridad femenina, ésta es conocida como hembrismo. No obstante el hembrismo ha sido explicado como la contracara del machismo, esto no es del todo correcto en tanto mientras el primero está conformado por un reducido grupo de personas, el segundo es una creencia enraizada en la conciencia social y sus consecuencias son devastadoras.

El hecho de que nuestra Constitución Nacional pregone que todos los habitantes somos iguales ante la ley con independencia de nuestro sexo, lleva a cuestionarse la necesidad de la existencia de teorías y movimientos de lucha feministas. Los feminismos son necesarios en la medida que la igualdad a la que se refiere nuestra Ley Fundamental es meramente formal y, en consecuencia, dista muchísimo de ser una igualdad material. Los datos de la realidad evidencian que la brecha entre los

géneros se mantiene latente y que, a raíz de ella, las mujeres continúan siendo asesinadas en el marco de la violencia machista.

En franca oposición al (falso) imaginario de que los movimientos de lucha feminista exclaman “machete al machote” y que la única corriente teórico-feminista es la que pretende el uso del poder punitivo frente a los casos de violencia patriarcal - denominado peyorativamente “feminismo punitivo”-, los feminismos actualmente se debaten cuál debe ser el rol que debe asumir el Derecho Penal de caras a la violencia machista (Antony García, 1995).

Trasfundiendo estas anotaciones a una experiencia personal, compartiré que en un encuentro del Programa Género y Acción Comunitaria (UNMdP), una extensionista dijo: “*discúlpame pero yo no soy feminista porque para mí somos todos iguales*”. ¿Somos todos iguales o debemos ser todos iguales? Si queremos acercarnos a una sociedad igualitaria, debemos desarrollar medidas e impulsar acciones con contenido feminista.

Bibliografía

Antony García, Carmen (1995). *Feminismo y criminología* en “Capítulo Criminológico”, Vol. 23, nro. 2. Maracaibo. ISSN 0798-9598.

Bodelón, Encarna (2009). *La violencia contra las mujeres y el derecho no-androcéntrico: pérdidas en la traducción jurídica del feminismo* en “Género, violencia y derecho”. Buenos Aires. Ediciones del Puerto.

Castells, Carmen (1996). *Perspectivas feministas en teoría política*. Barcelona. Editorial Paidós.

Larrauri, Elena (2007). *Criminología crítica y violencia de género*. Madrid. Editorial Trotta.

Naciones Unidas (2009). *Violencia contra las mujeres*. Recuperado el día 30 de abril de 2015 del sitio web

http://www.un.org/es/events/endviolenceday/pdfs/unite_the_situation_sp.pdf

Unicef (2000). *La violencia doméstica contra las mujeres y las niñas*. Innocenti Digest n°6. Florencia. Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia.